



Mi padre se escapó de casa un día de sol radiante. Más que escaparse de casa, pues la que tenía no merecía tal nombre, se escapó de su propia vida y lo hizo de la única forma que podía sin atentar contra sí mismo. Se subió al coche y desapareció.

Andaba mediado el mes de abril. Yo tardé en preocuparme porque Cristina, mi madre, no me dio la noticia hasta una semana más tarde. Me llamó a las ocho de la mañana, la hora en que, ella lo sabía, me iba a sorprender escuchando la radio en la cama, y me dijo que su marido le había dejado una nota rarísima. Mi madre, cuando se refería a mi padre, seguía llamándolo su marido aunque llevaran más de cuatro años divorciados. Por lo general añadía algún adjetivo peyorativo —como «insensato» o «majadero», insultos casi siempre tetrasílabos y anticuados, nunca demasiado belicosos— para dejar claro que reclamar la propiedad de aquel hombre no la llevaba a valorarlo. Pero era un adjetivo de compromiso. Lo verdaderamente





importante era que, al referirse a él como su marido cuando ya no lo era, continuaba mi madre debatiéndose con un hombre que, en los estertores de su sexualidad, había cometido la insultante estupidez de abandonarla por una mujer mucho más joven. Mi padre seguía siendo su marido porque Cristina, tras un proceso de divorcio en el que él no opuso la más pequeña resistencia, se había quedado con todo lo que tenía. Y aquello incluía, de forma inevitable, su capacidad de amar y hasta de organizarse de una forma mínimamente razonable, como se demostraría pocos meses después cuando Tomás, su marido, se encontró arruinado y solo en el mundo sin haber llegado a paladear su nueva vida.

Quedé con ella a comer en un restaurante cercano a su casa. Antes de ir llamé por teléfono a mi padre, suponiendo que estaría como siempre sentado en su viejo sillón delante del televisor, pero no contestó. Desde que le plantara la mujer por la que había abandonado a mi madre vivía en el casco antiguo, en un ático de una sola pieza con un balcón angosto frente a la iglesia de Santa María del Mar. Los fines de semana el bullicio nocturno llegaba hasta su sillón, y los domingos los cánticos de



la misa. Pero Tomás sólo prestaba atención al televisor. Le gustaba ver todos los programas para luego poder criticarlos, cosa que hacía a menudo y con vehemencia, con imparable obcecación, buscando público allá donde estuviera y entrando en acaloradas polémicas consigo mismo ante las caras normalmente aburridas de sus contertulios. Era difícil reconocer en aquel anciano irritado y frágil, casi quebradizo, al padre que yo recordaba de mi infancia, por las mismas razones por las que se hace difícil reconocer un paisaje arrasado por un incendio devastador.

—Mi madre esperaba sentada a una mesa con una copa de vino blanco ante ella. Al verme, levantó un brazo y agitó la mano con ansiedad. Cualquiera habría pensado que disponía de una única oportunidad para llamar mi atención y que le aterraba desaprovecharla.

—Sólo nos vemos cuando hay problemas —me dijo, a modo de saludo, al tenerme por fin a su lado.

La besé en la frente y me senté delante de ella. La observé en silencio, sonriendo. Mi madre había sido muy guapa y se conservaba bien. Arrastrada por su temperamento y por sus propios incendios devastadores, desde su

divorcio se cuidaba incluso más que antes, con un empeño obsesivo, como si hubiera declarado la guerra al tiempo y a todas las mujeres jóvenes que se dedican a robar maridos. Fuera o no debido a esos cuidados, lo cierto era que, aunque ya tenía más de sesenta años, continuaba siendo una mujer atractiva. Aseguraba, en sus momentos de humor, que de espaldas todavía era capaz de seducir a los hombres.

—Me gustaría que hablásemos de Clara —dijo, abriendo sobre el plato la carta del restaurante, aunque sin apartar la mirada de mí—. Esa chica no debe de estar bien. Bueno, la verdad es que es imposible saberlo. Tiene un carácter de mil demonios. Ya sabes que nunca hemos congeniado, pero un día de éstos la llamaré por teléfono. Saldré con ella a dar un paseo y a charlar un rato. No deberíamos dejar que se venga abajo lo poco que queda de la familia.

Hacía ya dos meses que Clara se había ido de casa, pero yo no perdía la esperanza de que regresara. Tuve que morderme la lengua para no prohibir a Cristina que la llamase. Conociendo a mi madre, habría sido la mejor manera de animarla a hacerlo. Sabía que la pausa que había abierto, en espera de mi reacción, era una



trampa en la que caería dijera lo que dijese. Callando, al menos ni consentía ni la incitaba.

—Estoy segura de que nos entenderemos —insistió, interpretando perfectamente mi silencio—. Si no consigo que regrese, al menos sabremos a qué atenernos. Lo bueno de las mujeres es que no cambiamos con el tiempo. Si acaso, nos acentuamos.

En ese punto estaba de acuerdo con Cristina. Mi madre había sido siempre idéntica a sí misma. Hasta dormida permanecía alerta ante la posibilidad de ser observada. Cuando de niño entraba en su habitación, abría de inmediato los ojos y me decía: «Cariño, ¿qué miras?». No le gustaba que la mirasen dormir. No le gustaba que la mirasen si no era consciente de ello. Tampoco le gustaba dejar de lado un tema cuando había decidido que ya era hora de solucionarlo.

—El problema sería que hubiera otro hombre —continuó, tras echar un vistazo distraído a la carta—. Eso es lo que más te costaría perdonar, y no por nada, sino porque de repente verías todos los defectos de Clara. Te pasaría lo mismo que a mí. Fíjate en esa pobre tonta que se fue con mi marido. ¿Sabía ella lo pesado que se ponía con sus almorranas? ¿Le había visto en alguna



de sus depresiones hipocondríacas, días y días farfullando que estaba a punto de morirse y que en el fondo lo deseaba? Todo eso sólo lo supo cuando vivió con él, y ya ves lo que tardó en escapar... ¡No pongas esa cara, Ricardo! Cuando una mujer te habla has de fingir interés.

Pedimos ensalada y conejo en escabeche. Mi madre y yo compartíamos la pasión por los buenos escabeches. En aquel restaurante los preparaban muy bien, suaves y con un aroma casi imperceptible de naranja y de hierbas silvestres que me recordaba los olores amalgamados de los colmados de mi infancia. Era por eso que la había citado allí, con la intención de que la comida remansara una conversación que preveía tensa. Devolví la carta al camarero e intenté abordar el tema de la supuesta desaparición de mi padre.

—Cristina... —comencé.

En mi familia, desde que tengo memoria, todos nos llamábamos por nuestros nombres de pila. Era así porque Cristina no admitía que le pusieran ningún apelativo, mucho menos los propios de la maternidad, y porque ella y Tomás habían sido en su día unos padres modernos, comedidamente progresistas, que viajaban a menudo al extranjero, escuchaban

a Jacques Brel y Georges Brassens, y copiaban las costumbres francesas. En esto habían sido la avanzadilla. A sus amigos, tan modernos y comedidamente progresistas como ellos, les sorprendía, e incluso les escandalizaba un poco, que mi hermano David y yo llamáramos a nuestros padres por sus nombres.

—Quiero ayudarte a recuperar a Clara —me interrumpió—. Creo que está un poco desquiciada. Todos lo estamos, pero ella más.

—No hemos venido aquí para hablar de eso. Mi madre se encogió de hombros.

—Está bien. Hablemos de mi marido. El jueves pasado me dejó una nota en el buzón. Ese hombre está mal, cariño, está muy mal. Le baila tanto la letra que parece que tenga párkinson. Cuando lo traigas de regreso, deberías llevarlo a que lo viera un médico.

Me tendió una hoja doblada por la mitad. La desdoblé y me encontré con unas líneas escasas y efectivamente temblorosas, garabateadas con rapidez.

Cristina: Te llevé seis veces a París, pero nunca quisiste venir conmigo al Tíbet. Así que he decidido ir solo. Eso me impedirá continuar protegiéndote. No me busques, sería inútil. Y

no te preocupes, Ricardo te cuidará a partir de ahora. Que seas feliz, Tomás.

Posdata: Además, estoy harto de mirar la televisión. Prefería mirarte a ti.

Con el papel todavía entre los dedos observé con asombro a mi madre, que esperaba con los codos apoyados sobre la mesa. Abrió de pronto los brazos, alzando las palmas al aire.

—¡Qué! ¡Yo no tengo la culpa! Estará por ahí, ya sabes cómo es. ¡Tan soberbio como siempre, Dios mío! Seguro que está convencido de que me protegía. Y ahora dice que prefería mirarme a mí que al televisor. Será verdad que la mirada es lo único que no envejece.

Nos sirvieron el escabeche. Mi madre contempló su plato con aparente desinterés, pero sus pupilas ocultaban una impaciencia que yo conocía bien. Había heredado de ella la necesidad de satisfacer de inmediato los placeres, de hacerlos efectivos sin ninguna demora, casi con el ánimo de abreviarlos, de desprendernos de ellos para recuperar el dominio de nosotros mismos.

—Cristina —lo intenté de nuevo: cuando quería que me escuchase ponía su nombre por delante, era como cogerla por las mejillas



y obligarla a prestarme atención—, dices que Tomás te dejó esta nota el jueves pasado. ¿Por qué has tardado tanto en llamarme?

—Tenía que darle sedal, como a los peces espada. Lo conozco bien, Ricardo, mejor que a mí misma. Todos tenemos nuestro orgullo, pero el de tu padre es enorme. No habría aceptado que saliéramos a buscarle demasiado pronto. Además, se mantiene estupendamente de la cabeza y está fuerte como una roca. Es lo único bueno que tiene, que nunca le sucede nada grave. Por sus venas corre la sangre de tu bisabuela Constanza. Un día, al poco de casarme, la encontré llorando en la cocina. Parecía de verdad desconsolada, la cara bañada en lágrimas. Yo me quedé estupefacta, claro. Era la abuela de mi marido y estábamos allá las dos solas. Un poco cortada, le pregunté qué le sucedía. «¡Ay! —me contestó mirándome con una pena muy grande—, ¿qué haré cuando todos hayáis muerto?»

—Ya me lo habías contado. Y también que falleció una semana después de decírtelo.

—La vida son cinco minutos, hijo... He pensado que esta noche podríamos ir a bailar.

La miré atónito. No podía creer lo que acababa de oír. Ella se defendió blandiendo el cuchillo en el aire en un gesto de exasperación.



—¿Vas a decirme que te sorprende? Tú y yo nunca hemos bailado, ¿no te parece increíble? ¿Habrá otra mujer en el mundo que no haya bailado nunca con su hijo? Además, sólo quiero saber si has heredado las piernas de tu padre. Puede que sea un mentecato, pero la verdad es que se mueve como los ángeles.

Tras la comida la acompañé paseando hasta su casa. Al despedirme insistió en ir a bailar conmigo. Aquélla había sido otra de sus grandes pasiones. Años atrás podía hacerlo durante horas. Contaba orgullosa que no había hombre en el mundo, salvo quizá Tomás, capaz de seguirla durante toda una noche.

Al besarla en la mejilla aprovechó para susurrarme suavemente al oído:

—De acuerdo, busca a tu padre. Ya iré a bailar yo sola. Llamaré al Boccaccio... A ver si todavía existe.

Retiró la mejilla y me miró con tristeza. Me cogió la cara entre las manos para observarme con una intensidad extraña. Cristina sabía que la vida se le estaba quedando atrás. Intentaba aparentar una vitalidad inagotable, su pulso privado con el mundo. Pero aquella vitalidad empezaba a parecerse demasiado al orgullo del sitiado que simula abastecerse de forma





milagrosa. A pesar de la demora con que me había avisado de la fuga de mi padre, no me cabía duda de que sufría por él. Probablemente durante aquellos días le había telefoneado varias veces sin obtener tampoco respuesta. La situación era cuando menos inquietante. Tomás había sido en el pasado un hombre con aplomo y decisión, incluso un pequeño tirano a la hora de imponer a los demás sus estados de ánimo. Pero la edad le venció irremediablemente cuando encontraron a David en el coche. Aquello significó para él el final de muchas cosas, de la juventud, de Brel y Brassens, del gusto por la vida y de su matrimonio con Cristina. El divorcio y la fugaz relación con su joven amante acabaron de hundirlo. Pese a lo que decía Cristina, nunca supimos si su amante le abandonó o fue él quien la apartó de su lado. A partir de entonces no sólo dejó su trabajo de arquitecto, lo que acabaría sumiéndole en la ruina, sino que renunció también a tomar la iniciativa. Me llamaba por cualquier motivo. Para que le acompañara al médico a por una receta. Para que le colgara de la pared una fotografía que había comprado del palacio de Potala en el Tíbet. Para que le programara de nuevo los canales del televisor. Pocos días



después de que Clara se fuera de casa acudí a él. Necesitaba contárselo a alguien y Tomás era mi padre. Me escuchó atentamente sentado en su sillón. Cuando acabé, dejó escapar un largo suspiro y me dijo: «¿No te parece un escándalo que los tomates estén a cinco euros el kilo?».

Tomé un taxi, que me dejó ante el hotel Suizo. Allí, tan lejos de los barrios altos donde mi padre había vivido y donde yo mismo me había criado, el olor del salitre impregnaba el aire. A mí siempre me ha resultado un olor viejo, como viejos son también los olores de los butacones de cuero o el de la grasa recalentada cuando se levantan las cubiertas de los motores. El olor acre y a la vez meloso de las cosas que llevan mucho tiempo acumulando roces, contaminándose por el solo hecho de permanecer. Hacía unos meses que mi padre olía a mar, a butacón y a engranajes. Olía así por su ya larga existencia, pero también porque descuidaba su aseo. A veces, cuando iba a verle lo obligaba a ducharse. «Claro que sí —decía, comenzando allí mismo a desabrocharse la camisa con dedos torpes—, claro que sí, uno se ducha para alguien y ahora estás tú en mi casa, cómo no lo he pensado antes.» Un rato después salía del baño repeinado, la calva asomando por entre

los surcos impecables del peine, las mejillas afeitadas y en torno suyo un aroma del agua de lavanda que compraba en el supermercado en grandes botellas de plástico. Olía entonces a niño revenido. Íbamos al Champanyet y tomábamos el aperitivo. Adoptaba allí poses de *dandy*, se llevaba la copa a los labios redescubriendo la exquisitez, miraba con descaro a las mujeres y me comentaba altisonante, sin complejos, que a su edad podía guiñar el ojo a las señoritas sin temor a que nadie se enfadara con él. Daba gusto verle.

Me interné a pie por el barrio de la Ribera y poco después estaba ante su casa. Era un edificio estrecho y ventrudo, sin reformar, con el estuco cayéndose a trozos y los balcones llenos de herrumbre. Un mal lugar para un hombre que había pasado la vida haciendo casas para sus amigos. Toqué el timbre sin obtener respuesta. Crucé la calle y miré hacia lo alto. Había un balcón por planta. El de mi padre, contra lo que él acostumbraba, estaba cerrado. Regresé al portal y pulsé el timbre del piso inmediatamente superior. Vivía allí una viuda con la que Tomás mantenía buenas relaciones. A menudo la mujer le bajaba platos de callos, o de albóndigas, incluso alguna morcilla. Mi padre

decía que era una cocinera lamentable y que destrozaba toda la materia prima que tenía la mala suerte de caer en sus manos, pero por lo habitual daba buena cuenta de lo que le ofrecía.

La mujer me recibió con las manos entrelazadas en un nudo de ansiedad. El corazón del nudo era la llave del piso de mi padre. Antes de que yo pudiera decir nada me la ofreció con prisa, como si le quemara, y me dio un empujoncito para apresurarme explicándome que Tomás, don Tomás le llamaba, no estaba pasando una buena temporada, que ni ella ni nadie en el barrio entendía qué hacía allí un hombre tan bien plantado y tan solo, que según su parecer las cosas debían estar todas en el lugar que les correspondía, incluidas las personas. Iba hablando a medida que descendíamos por la escalera, tan gorda que a duras penas le cabía la barriga entre la baranda y la pared manchada de humedades. Tuvo que empujarme de nuevo cuando abrí la puerta, pues me había quedado sin valor para entrar. Ella lo hizo tras de mí como una locomotora que arrastrara un coche parado en la vía, echó un rápido vistazo y comentó con voz aliviada: —¡Qué desastre de hombre! ¡Se ha ido y ni siquiera ha lavado los platos!

Era cierto. El apartamento estaba desordenado. Los platos sucios en el fregadero de la cocina americana, el armario abierto con las perchas desnudas, la cama sin hacer y un calcetín tirado en el suelo, junto al sillón. Abrí los cajones del armario. Estaban vacíos. Me asomé al lavabo. No había nada en los estantes, tampoco sus medicinas. Una escarpia solitaria en la pared me hizo recordar la fotografía del palacio de Potala.

La viuda se afanaba en lavar la vajilla. Reparé en que había un papel sobre el televisor. Estaba escrito con la letra temblorosa de mi padre:

No te inquietes, Ricardo. Me voy de viaje, pero no haré ninguna tontería. Tómate un vermut a mi salud.

Un fuerte abrazo, T.

Abrí el balcón y me asomé a la calle. El muro imponente de Santa María del Mar se alzaba ante mí. La luz, cenital y escasa, me envolvía tamizada por las partículas en suspensión. Recordé una máxima de mi época de estudiante: los muros detienen las ideas. Quizá mi padre se había cansado de ver aquel paredón desde su

butaca, quizá había comprendido que no podía seguir sentado sin hacer nada, que aquello se parecía demasiado a esperar la muerte. Quizá sólo intentaba permanecer un poco más.

Sonó mi teléfono en el bolsillo de la americana. Era Cristina. Tenía la voz alterada.

—¿Cómo está? ¿Dónde se ha metido?

—No lo sé. Parece que se ha llevado sus cosas.

—¿Y el coche? ¿Has ido a verlo? ¿Se lo ha llevado también?

No había pensado yo en el coche de mi padre. El Opel Senator era casi su única pertenencia. Era un cacharro con muchos años y más de doscientos mil kilómetros a cuestas, pero mantenía algo de su ya caduca majestuosidad tecnológica. Mi padre estaba especialmente orgulloso de que su coche midiera la temperatura del exterior. «Fuera hace frío —decía sin reparar en su propia sensación térmica—, pondré la calefacción.» No había pensado yo en el Opel, pero tampoco sabía dónde buscarlo. Ya hacía tiempo que mi padre no podía permitirse pagar un aparcamiento. Lo dejaba en la calle, por lo habitual en la periferia de Barcelona. De vez en cuando se acercaba a poner el motor en marcha. Se quedaba un rato en el interior



escuchando la radio, observando en el panel de mandos la temperatura de aquel día. «Se va el verano, ¿lo ves?, esto se acaba, muchacho.»

—Ricardo, ¿sigues ahí?

—No sé dónde diablos lo tiene aparcado, Cristina. Ya sabes que lo deja donde puede.

—¿Y qué importa dónde dejara el coche? Conozco bien a mi marido. A estas alturas estará cruzando Rumanía, o el Cáucaso, yo qué sé. Ese hombre no tiene nada en la cabeza salvo lo que se propone... Tendrás que buscarlo en el Tíbet.

—¿De verdad crees que está camino del Tíbet? ¿Cómo iba a irse sin dinero?

—¡Muévete, Ricardo! ¡Tu padre no está para esos trotes!

Sonó un pitido entrecortado. Cristina había colgado, pero me retumbaba todavía en los oídos la angustia y la indignación de su voz. Yo también me sentía angustiado por la suerte de Tomás y a la vez indignado con él. Guardé el teléfono en el bolsillo y miré de nuevo la nota que me había dejado. Empecé entonces a sospechar, por vez primera, que quizá mi padre acabara de tomar una decisión mucho más inteligente de lo que podía pensarse: desaparecer del mundo habitual, convertirse

en la pieza perdida del rompecabezas, huir por las esquinas, bajo la alfombra, en la bolsa del aspirador. Mientras tanto los demás, con angustia e indignación, nos anclábamos a la rutina. Cristina no iría a bailar aquella noche a un club que sabía perfectamente que ya no existía, no iría a París porque no tenía suficientes ganas ni con quién hacerlo, no iría al Tíbet ni a ninguna otra parte. Se limitaría a esperar noticias de Tomás. Yo tampoco haría nada especial. Regresaría a casa, añoraría la presencia de Clara, su silueta moviéndose por las habitaciones, su voz tenue y cálida. Me preguntaría cómo encontrar a mi padre, cómo devolverlo a su piso en Santa María del Mar. Todo ha de estar en el lugar que le corresponde, incluidas las personas.

—Bueno, esto ya está —dijo la viuda a mis espaldas.

Me volví hacia ella. Había recogido un poco, estirado las sábanas de la cama. Tenía entre las manos un plato descascarillado.

—Me lo llevo, que es mío —aclaró tras seguirme la mirada—. A don Tomás le entusiasman las lentejas. Es una pena que tuviera que comerlas sin sal.